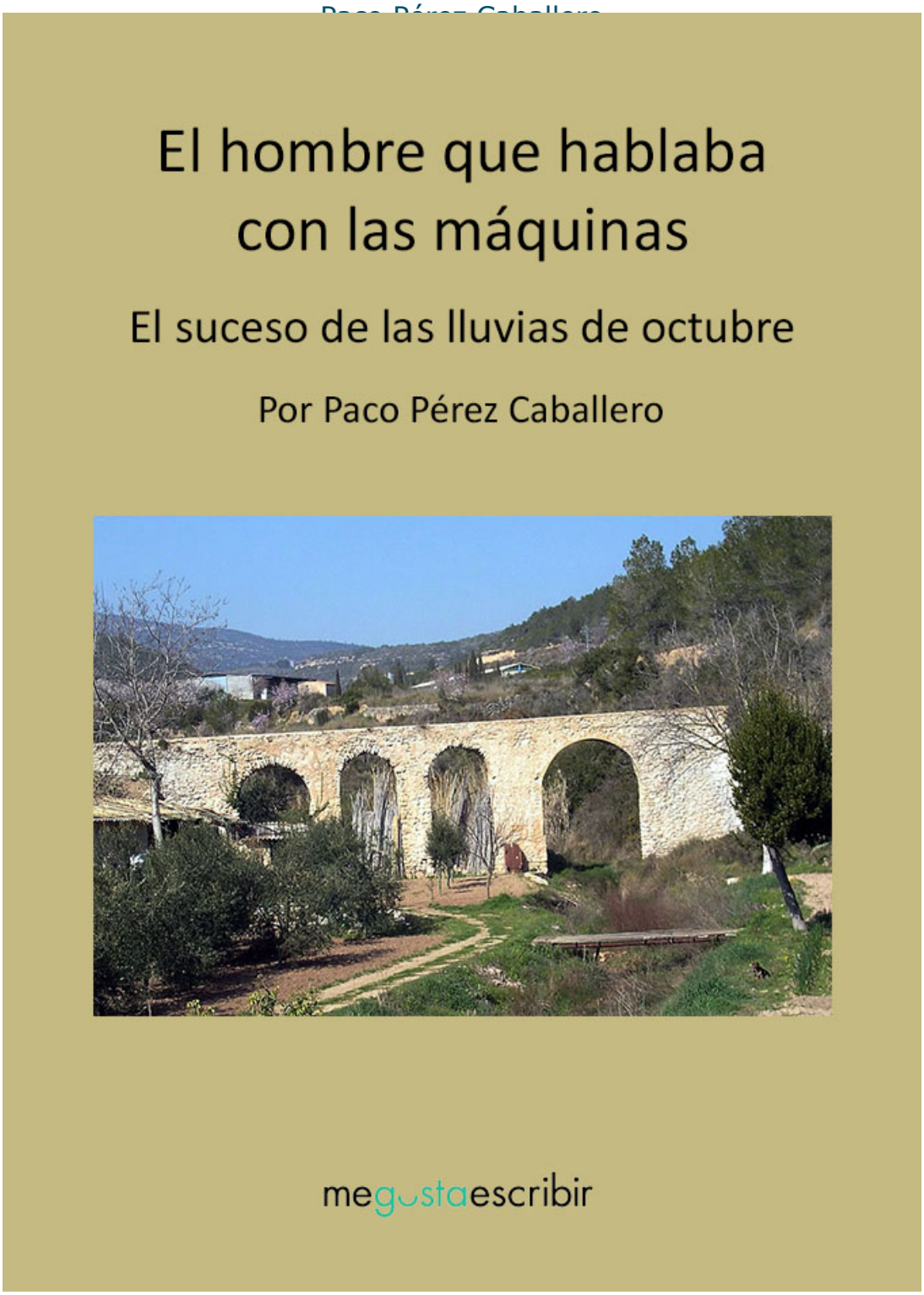
El hombre que hablaba con las máquinas - 04 - El suceso de las lluvias de octubre

Paco Pérez Caballero



Capítulo 1

El hombre que hablaba con las máquinas
El suceso de las lluvias de octubre
Por Paco Pérez Caballero

Desde hacía muchas horas había reunión plenaria en el cielo. No el Cielo de Dios, sino el cielo de las nubes. Y discutían sobre los vientos, sobre si debían transportar el agua que llevaban más hacia el norte o más hacia el sur. Pero no había consenso, algunas nubes llevaban cargando agua desde hacía muchos días y deseaban depositar su carga sin esperar ni un día más, estaban agotadas. Otras, en cambio, deseaban ir hacia el norte para que su agua se convirtiera en nieve, porque las fechas eran tempranas para eso, y ser la nube que descarga las primeras nieves del invierno siempre da mucha categoría y reconocimiento en el clan de las isobaras.

Mientras ocurría esto, Blídimin recibió una llamada en su teléfono disponible veinticuatro horas, para montar una instalación de muchas máquinas en una gran empresa que había al norte del país. En ese momento se encontraba intentando elegir la palabra adecuada que cerrase la estrofa de un poema que había comenzado a escribir, que llevaba así:

Amor mío, no te pido que me beses,

pero bésame si encuentras valor,

no te pido, amor mío, que abandones todo,

para venir junto a mí, mi amor,

pero ven.

No te pido lo que no me pides,

no imagino lo que no decides,

solo quiero, y lo sabes bien,

vivir en tu planeta

y acompañarte para....???

Y ahí estaba atascado, pensando que "*siempre"* quedaba bien, pero le sobraban tres letras. En esto recibió la llamada de las tierras del norte. Cerró a Zauruszx3500x, que era su compañero inagotable de andanzas al

que cariñosamente llamaba Zaz, y antes de guardarlo en el maletín le dijo:

—A ver qué se te ocurre, Zaz —a lo que este asintió con cara reflexiva.

Bajó al garaje de su casa, encendió la luz donde estaban aparcados sus coches y motos y preguntó caminando entre ellos:

—¿Quién se apunta a un viajecito de dos mil kilómetros ida y vuelta al norte?

—¡Uf!, yo paso —contestó inmediatamente Fiattipo14ie.

—Mira que eres vago —le recriminó sonriente Blídimin.

—Yo iría —dijo con voz achacosa Vwpolo —pero es que ya no estoy para estos trotes, prefiero acercarme al supermercado a buscar las compras necesarias para el viaje.

—Va a llover —dijeron a la vez Yamaha250sr y Yamaha600xj— y mucho, se nota en el cosquilleo de las pastillas de freno, ¿verdad tú?, sí, sí, verdad, verdad —se contestaron ellas mismas.

—Pues te va a tocar a ti, Slk230k —dijo Blídimin acariciándole un faro.

Slk230k sonrió con su mejor sonrisa de escualo y respondió:

—Me encanta ir al norte, me trae recuerdos de la infancia.

Blídimin preparó un sencillo equipaje, cargó de música el maletero de Slk230k, se sentó al volante del descapotable y puso el motor en marcha con un potente y suave ronroneo.

Durante sus viajes, Blídimin siempre iba acompañado de Sanyom1119, que aunque ya estaba pasadísima de moda, había oído tantas veces su voz que era capaz de imitar cada uno de sus diferentes tonos de reflexión, sorpresa o duda. Cuando se los soltaba sin aviso a Blídimin, este no podía menos que sobresaltarse ante la exactitud de sus imitaciones.

Atravesaron montañas y extensas llanuras donde el viento dibujaba oleajes en las plantaciones de trigo y en las copas de los olivos. La música, que giraba inagotable en el maletero, confeccionaba distintas bandas sonoras para las curvas, las rectas, las sombras cambiantes que inventaba el sol e incluso los pensamientos de Blídimin.

—La temperatura está comenzando a bajar —pronosticó Slk230k—, será

mejor cerrar la capota.

Eligieron un precioso paraje montañoso donde Blídimin comió algo paseando tranquilamente delante de Slk230k y este, con exquisitos movimientos articulados, cerró su capota tomando el aspecto de un avión sin alas.

Mientras tanto, todavía muchos más kilómetros al norte, la sesión plenaria acabó como suelen acabar las sesiones plenarias en el cielo: mal. Y el resultado fue que cuando las nubes se liaron a porrazos, se abrieron las primeras heridas y comenzó a llover, una lluvia sin pausas pero todavía lejos de lo que se entiende por un chaparrón en las tierras del norte. Sus confiados habitantes abrieron los primeros paraguas, cerraron ventanas y corrieron a las azoteas a *destender* las toallas.

Slk230k comenzó a mover el limpiaparabrisas en cuanto cayeron las primeras gotas, faltaba apenas una hora para llegar al destino.

Cuando llegaron al hotel caía lo que se entiende en las tierras del sur como una manta de agua pero que en las tierras del norte, más habituadas al fenómeno, se conoce como lluvia. Slk230k cogió el sueño de inmediato en cuanto aparcaron en el garaje del hotel, prácticamente al mismo tiempo que Blídimin cerraba el maletero. Todavía le dio tiempo de desearle buenas noches con un rápido parpadeo de los intermitentes.

Blídimin cenó algo en el bar del hotel y se tomó una última copa en su habitación releyendo el poema inacabado y contrastando opiniones con Zaz, para resolver la cuestión de la última palabra. De vez en cuando levantaba la vista y miraba la superficie oscura del mar que se divisaba por los grandes ventanales de su habitación, percibiendo la agitación de su superficie barrida por la lluvia incesante.

A la mañana siguiente, ya los habitantes de las tierras del norte calificaban la situación meteorológica como “está lloviendo bastante”, los habitantes de las tierras del sur habrían opinado que “qué barbaridad la cantidad de agua junta que cae”. Blídimin llegó a la empresa donde le recibieron con alegría porque ya había hablado con sus máquinas en otras ocasiones, siempre (me sobran tres letras, pensaba Blídimin) con muy buenos resultados. La situación era la siguiente: en la empresa se habían criado dos familias de máquinas que prácticamente no habían mantenido relación entre ellas salvo esporádicos intercambios de mensajes en soportes magnéticos y ópticos cuando se hizo imprescindible, pero la verdad es que sin llevarse mal, se conocían muy poco. La misión de Blídimin era construir un puente para que estas dos grandes familias se conocieran y unieran sus esfuerzos para hacer crecer las posibilidades de la empresa.

Le presentaron a los miembros nuevos de las dos familias, los más jóvenes guardaban un respetuoso silencio porque habían oído mil y una historias sobre las hazañas de Blídimin, los adultos saludaban cordialmente al que consideraban como uno más de la familia.

Blídimin se puso manos a la obra y durante todo el día fue construyendo un precioso, novedoso y azuloso puente entre las dos naves industriales que albergaban a las dos familias de máquinas. Las pruebas se sucedían con buenos resultados, y los primeros saludos, todavía sin llegar a romper el hielo, entre los miembros de las dos familias se producían a primeras horas de la tarde cuando la potencia de la lluvia ya era calificada por los habitantes de las tierras del norte como "un verdadero chaparrón", los habitantes de las tierras del sur hace horas que habrían huido en barca hacia las tierras de más al sur.

El desastre estaba a punto de suceder pero nadie lo sospechaba. Blídimin se encontraba en un amplio despacho de una de las naves desde donde se divisaba por las ventanas la luz de las ventanas de la otra nave, separada unos cincuenta metros por un camino que buceaba ya a un palmo por debajo del nivel que había alcanzado el agua. Intentaba hacer entender a dos de los miembros de las distintas familias que el puente tenían que usarlo respetando cada una la prioridad del otro, porque si se ponían a hablar los dos a la vez, sería imposible que se entendieran. En esto las luces parpadearon un par de veces y se apagaron por completo. Todas las máquinas de la nave donde se encontraba Blídimin empezaron a avisar al unísono de que la luz se había ido. Blídimin sonreía mientras les decía que se tranquilizaran que las iría apagando una por una y que las que supieran apagarse solas podían hacerlo en cuanto deseasen, porque suponía que el trabajo del día ya se había terminado. La situación no tenía aspecto de devolver el suministro en muchas horas, y aunque todavía no había empezado a oscurecer, no quedaban más de dos horas de claridad dado el impenetrable techo que suponía la batalla campal de las nubes para un sol que, por experiencia, prefería no inmiscuirse en esos asuntos, las pocas veces que lo intentaba, siempre (me sobran tres letras, tres) conseguían sacarle los colores.

Blídimin se asomó a la entrada principal de la nave y entonces se dio cuenta de que era el último en abandonar el barco, al parecer todo el mundo había cruzado el camino que llevaba a la otra, que era la principal y por la que se salía de la gran empresa, antes de que el agua que cubría el camino subiera más arriba de los tobillos. Recogió sus herramientas y cerró el maletín.

Entonces se percató del sordo temblor.

Al asomarse a las puertas, maletín en mano, detrás de él y viniendo desde su derecha, a unos trescientos metros, bajaba el que normalmente era un cauce tranquilo y seco casi todo el año, que pasaba bajo los cuatro arcos

de un antiguo y altísimo puente romano y bordeaba los terrenos donde se encontraban las instalaciones de la empresa. Lo que sucedía es que ya no era un cauce tranquilo, sino una poderosa tromba de agua que saturaba los veinte metros de luz de los cuatro arcos haciendo temblar todo lo que se encontraba a un kilómetro a la redonda.

Blídimin estaba fascinado con el imponente espectáculo de las aguas marrones de tierras, piedras, barros, brotando incontenibles por los arcos del puente.

Entonces lo vio.

Cauce arriba, antes de que el poderoso caudal llegase al puente romano, una roulotte blanca, zarandeada violentamente por la corriente, se dirigía como un misil derechita hacia el que iba a ser su particular encuentro con la historia de la humanidad.

Impactó.

Como consecuencia del poderoso choque partes de la roulotte salieron despedidas por encima de la carretera que pasaba sobre el puente, pero el cuerpo principal quedó atascado en uno de los arcos, cada vez más y más encajado.

Y el puente estalló.

Fue un suceso a cámara lenta, los cuatro arcos parecieron dar un paso o dos hacia delante como policías cogidos de los brazos intentando contener con sus espaldas a la multitud, entonces la carretera desdibujó la rectitud de sus líneas blancas, fue engullida por la corriente y los pilares del puente explotaron hacia delante cayendo estruendosamente en el torbellino de las aguas enloquecidas. Al instante el río pareció bajar de nivel, aunque lo que de verdad estaba ocurriendo es que se estaba desbordando.

Su área de barrido incluía los terrenos de la empresa, sus naves, sus caminos, sus árboles, sus coches alineados en los aparcamientos y por supuesto a Blídimin agarrado, aún estupefacto, al marco de la puerta principal.

Echó una rápida mirada atrás, todas las máquinas estaban apagadas, morirían sin enterarse. ¡Mierda!, ¡todavía quedaba una encendida en un despacho del fondo! Blídimin salió corriendo por la nave como el atleta que llevaba dentro, frenó patinando los pies junto a la máquina, puso la mano sobre el interruptor, la miró a los ojos y le dijo:

—No te preocupes, H., todo va a salir bien. —Y la desconectó.

Pero no salió bien en absoluto, para nada. Salió tela de mal. Su nombre era Hplaserjet5100. Blídimin nunca olvidó su nombre.

Volvió a correr en dirección a la salida. Ahora ya podía sentir en la planta de los pies la vibración del suelo a medida que la tromba de agua invadía los terrenos de la empresa. Atravesó las puertas como una exhalación cogiendo el maletín al vuelo y bajando los escalones de la entrada. La feroz lluvia lo empapó al instante desde la cabeza hasta las rodillas, el resto no hizo falta que se lo empapase porque estaba sumergido en el agua que ya inundaba el exterior. Con el corazón retumbando en el pecho fue corriendo a saltos en dirección hacia la nave de salida como si fuera un ave acuática vestida con traje, corbata y maletín. Cruzó las puertas traseras y las cerró por dentro un segundo antes de que la tromba de agua impactara contra ellas y contra todo el lateral del edificio. El nivel de las turbulentas aguas marrones trepaba agitadamente por los cristales de las ventanas que por suerte estaban todas cerradas. Por los bordes de los marcos y por debajo de la puerta se colaban chorros que manchaban todo el interior de las oficinas. Blídimin observaba esto mientras atravesaba veloz los pasillos observando con profunda conmoción las máquinas aún encendidas que le miraban pasar aterradas. Pudo apagar al vuelo cuatro o cinco pero no dio tiempo a más. Salió por las puertas principales como escupido por el edificio y corrió cuesta arriba donde ya divisaba a los trabajadores que le azuzaban para que corriera más deprisa. Los terrenos de la empresa estaban en una hondonada. Iba a ser una masacre. Cuando por fin se detuvo arriba y se dobló apoyando las manos en los muslos para recobrar el aliento en medio de la lluvia que cada vez caía con más fuerza él y todos los demás pudieron oír el grito aterrado de una mujer que todavía estaba dentro del edificio. Sin recuperar el aliento soltó el maletín dio media vuelta y descendió corriendo la pendiente convertida en atracción de parque acuático, le siguió uno de los trabajadores al que todos conocían bien por sus locuras constantes. El nivel del agua hacía muy difícil abrir las puertas, entre los dos lo consiguieron, la mujer seguía gritando socorro. Estaba muy cerca de la entrada, atrapada en un despacho con la puerta hinchada y atascada en su marco como si la hubieran hecho así de fábrica. Sin perder el impulso de la carrera que llevaban y como si los dos se hubieran puesto de acuerdo embistieron la puerta con los hombros y se abrió al instante reventando de astillas por los cuatro lados. Cogieron a la mujer por los brazos y tiraron de ella de vuelta hasta la parte alta de la pendiente donde los demás compañeros aplaudían emocionados.

Arf.

Desde allí arriba observaron cómo el agua derrumbaba la nave de la que había escapado Blídimin hacía solo un minuto, sus pilares despuntaron inquebrantables cuando el techo se hundió y los tabiques fueron

arrastrados por la fuerza de la corriente. En la distancia, Blídimin pudo ver con nitidez como Hplaserjet5100 atravesaba un tabique y se desmembraba antes de sumergirse arrastrada entre los ladrillos.

Esa noche Blídimin tardó en conciliar el sueño. No podía dejar de ver las caras de las máquinas que le miraron pasar como un rayo y se quedaron inmóviles sin saber lo que estaba pasando. Suerte que un encargado de los aparcamientos pudo sacar a Slk230k a tiempo antes de que llegara la tromba de agua.

Al día siguiente amaneció el sol tímidamente, al parecer las nubes habían decidido volver al mar a recoger más agua, lo cual no significaba que hubieran aclarado nada ni que hubieran dejado de discutir, pero, claro, con las fuerzas ya muy menguadas. Hay seres cuya única vía de comunicación es la violencia.

Blídimin se dirigió a la empresa inmediatamente después de desayunar, con el corazón en un puño por lo que pudiera encontrar allí.

En la nave principal habían sobrevivido felizmente casi todas las máquinas porque el agua no alcanzó el nivel de las mesas, incluso las que Blídimin no pudo apagar solo se llevaron el susto y algunos daños menores cuando sus Sistemas de Alimentación Ininterrumpida se ahogaron bajo el agua, de éstos las bajas fueron totales, no se salvó ni uno. Blídimin llevaba unas botas de agua reconvertidas en botas de barro.

En la nave que se derrumbó las bajas fueron más numerosas y Blídimin se encargó de desenterrar del barro a cada una de las máquinas y a alinearlas en el lugar más seco que pudo encontrar. La tarea fue difícil y peligrosa porque el edificio todavía tenía muchas partes en equilibrio que podían derrumbarse. Pero después de todo un día de trabajo, consiguió rescatarlas a todas.

Los días sucesivos se dedicó a limpiar todas las piezas que podían volver a funcionar con trapos, pinceles, líquidos especiales y un compresor de aire que extraía hasta la última brizna de barro de los rincones más escondidos. Con todas esas piezas Blídimin volvió a reconstruir a la familia, que ahora era una familia menos numerosa pero más unida, porque no había ni una sola máquina que no tuviera una pieza de otra que había caído en el desastre acuático.

Después de muchos días de trabajo, las máquinas estaban de nuevo operativas, el puente lo construyó hacia una tercera nave que estaba en desuso y que se habilitó provisionalmente como oficinas. Las nubes habían decidido posponer la reunión para el mes siguiente, tiempo más que suficiente para que todas pudieran reflexionar y decidir sus nuevos

itinerarios sin tanta bronca.

El último día de trabajo de Blídimin, la empresa organizó una fiesta para agradecer con solemnes y breves discursos la labor impecable que había realizado. Hubo cava y canapés, risas y bromas. Por último, el gran jefe, acompañado de la mujer que quedó encerrada, hizo entrega a Blídimin y al trabajador majareta de dos trofeos de plata en los que dos estilizadas figuras apoyaban sus hombros contra una puerta asimétrica al más puro estilo Dalí. La mujer los abrazó a los dos y todo fueron aplausos y vítores.

De vuelta hacia las tierras del sur, Blídimin y Slk230k rememoraban los agitados días que habían acontecido, aportando cada uno detalles que no conocía el otro, la música del maletero les fue acompañando con melodías valientes y triunfantes acordes con lo emocionante del suceso.

Blídimin aparcó a Slk230k en el garaje junto a sus compañeros y este de inmediato soltó haciéndose el interesante:

—¿A que no sabéis lo que nos ha pasado en las tierras del norte?

—¡Ja, ja, ja! —rió Blídimin sacando sus cosas del maletero— ¡Pero mira que te gusta contar cuentos!

Blídimin tomó un largo baño de agua caliente, se preparó algo de cena, y la disfrutó en el porche acompañado de Zaz, mientras la luna iluminaba la noche. El poema seguía sin resolverse. El cursor parpadeaba en la pantallita de Zaz justo al final de la palabra *"siempre"* y mientras Blídimin masticaba, intentaba encontrar la palabra que cerrase con acierto el poema. Blídimin se sirvió más vino y al ir a colocar la botella sobre la mesa, le resbaló de la mano y tuvo que hacer un rápido gesto para que no volcara, propinando, sin querer, un manotazo a Zaz que salió despedido por los aires. Manoteando en un intento de que no se estrellara contra el suelo, Blídimin acabo de rodillas sujetando a un mareado Zaz que mostraba el cursor más allá de donde había estado tres segundos antes. Blídimin aún de rodillas tuvo que exclamar:

—¡Zaz, eres el mejor!

Porque lo que Zaz había escrito con ayuda de los manotazos que le dio Blídimin para evitar la caída era:

Amor mío, no te pido que me beses,

pero bésame si encuentras valor,

no te pido, amor mío, que abandones todo,

para venir junto a mí, mi amor,

pero ven.

No te pido lo que no me pides,

no imagino lo que no decides,

solo quiero, y lo sabes bien,

vivir en tu planeta

y acompañarte para siem

para siem

pre.